

GUY DE MAUPASSANT

por

Henri VALENTINO

(*La Revue Libéral*. 1883)

Aunque el bagaje literario del Sr. Guy de Maupassant no sea todavía considerable, este escritor puede ser considerado como uno de los primeros entre los jóvenes novelistas naturalistas. Será digno de sus mayores: Zola, Daudet, Goncourt, Flaubert; de Flaubert sobre todo, del que fue casi hijo, y del que parece querer adoptar sus maneras.

Hasta el presente el Sr. de Maupassant se ha prodigado un poco en todos los géneros. Ha debutado con un volumen de poesías titulado modestamente *Des vers*. Casi al mismo tiempo publicaba en las *Soirées de Médan* un relato, *–Boule de Suif–* que llamó la atención de letrados y aficionados. A continuación vinieron tres colecciones de relatos; y muy recientemente, *Une Vie*, la única gran novela que el Sr. Guy de Maupassant haya hecho aparecer hasta el día de hoy.

De este modo podremos estudiar al Sr. Guy de Maupassant bajo tres aspectos diferentes: el poeta, el cuentista y el novelista. Pero en primer lugar son de destacar algunos rasgos de carácter inherentes a la naturaleza y al temperamento de nuestro autor, y que encontraremos invariablemente en las diferentes obras que éste ha producido. El Sr. Guy de Maupassant es sanguíneo, poderoso; desborda vida, y manifiesta esta exhuberancia por todos los medios en su posesión. ¡Ah! no está afectado por la enfermedad de moda! ¡La anemia y su competidora la neurosis le son totalmente ajenas! Deja a otros las tristezas y las desesperanzas; él está feliz de vivir, de amar, de producir, y celebra la diosa Naturaleza en sus diferentes manifestaciones, que todas le parecen igualmente sagradas. Desde luego, el Sr. Guy de Maupassant, que es un observador, y de los más finos, no nos pintará siempre cuadros sonrientes; él sabe tan bien como nadie que la vida está llena de tristeza y decepción como para no encontrar más que alegría y dicha; pero también sabe que cada acontecimiento infeliz lleva en sí su consuelo, y que en definitiva « la vida no es nunca tan buena ni tan mala como se cree¹ ».

I

Bien en verso o en prosa, el Sr. Guy de Maupassant tiene un talento particular de la descripción, sobre todo cuando está en presencia de la naturaleza, y sus obras, aunque naturalistas, están impregnadas de una poesía encantadora.

Tout chargé des senteurs des feuilles et du foin,
L'air tiède de la nuit, comme une molle haleine,
S'en venait caresser les épaules, mêlant
Les émanations des bois et de la plaine
A celles de la chair parfumée, et troublant
D'une oscillation la flamme des bougies.
On respirait les fleurs des champs et des cheveux.
Quelquefois, traversant les ombres élargies,
Un soufflé froid, tombé du ciel criblé de feux,
Apportait jusqu'à nous comme une odeur d'étoiles²

¹ *Une Vie*. (última frase de la novela) (Nota del T.)

² *Des Vers.- Le Mur*. [Todo cargado de las fragancias de las hojas y del heno / El aire tibio de la noche, como un suave aliento, / Venía a acariciar los hombros, mezclando / Las emanaciones de los bosques y de la llanura / Con las de la carne perfumada, y perturbando / Con una oscilación la llama de las velas. / Se

Que penetrante es eso, y como llena el alma de la dulce melancolía que se experimenta en el campo tras una cálida jornada veraniega, cuando la poderosa naturaleza nos envía sus perfumes turbadores. Eso es lo característico del talento de Maupassant: impactar el espíritu con fuerza y dejar allí una profunda impronta.

Des larmes de la nuit la plaine était humide;
Une brume légère au loin flottait encor;
Les gais oiseaux chantaient; et le beau soleil d'or
Jetait mainte étincelle a l'eau fraîche et limpide.

Lorsque la sève monte et que le bois verdit,
Que de tous les côtes la grande vie éclate,
Quand au soleil levant tout chante et respandit,
Le corps est plein de joie et l'âme se dilate³.

El poema de donde están extraídos los soberbios versos anteriores se titula *Une Conquête*⁴. Es aquí como se marca bien la diferencia que existe entre Maupassant y los *neurómanos*. El poeta ha encontrado una « mujer divina »

..... C'était une Merveille,
Il sentit en son coeur naître comme un lien,
Et voulut lui parler, sachant bien que l'oreille
Est le chemin de l'âme⁵

Pero él la perdió de vista. Pensó durante tiempo y su imaginación se la mostraba de un modo, hasta el punto de sucumbir a terribles peligros, y salvada por él de una muerte segura;

Tantôt il la voyait, rêveuse châtelaine,
Aux balustres sculptés des gothiques balcons;
Tantôt folle et légère et suivant par la plaine
Le lévrier rapide ou le vol des faucons.⁶

No hay necesidad de haber frecuentado mucho tiempo a los naturalistas para adivinar que él la encuentra sencillamente « una buena muchacha ». Pero, dicho esto, rogad pues al Sr. Maurice Rollinet que concluya. Él no encontrará bastantes palabras en la lengua francesa, y las inventará a propósito para expresar su desesperación y su profundo desprecio a las mujeres y a la vida. Guy de Maupassant es un mejor compositor; desea que su protagonista derrame algunas lágrimas; pero, por un poco, le reprochará retrasarse en ello:

respiraba las flores del campo y de los cabellos. / Algunas veces, atravesando las largas sombras, / Un soplo frío, caído del cielo acribillado de fuegos, / Hacía llegar hasta nosotros como un olor de estrellas] (Nota del T.)

³ *Des Vers.- Une Conquête*. [La llanura estaba húmeda de las lágrimas de la noche; / Una ligera bruma todavía flotaba a lo lejos; / Los alegres pájaros cantaban; y el buen sol de oro / Arrojaba repetidos brillos en el agua fresca y límpida. / Cuando la sabia sube y el bosque reverdece, / Como estalla la gran vida por todos lados, / Cuando amanece todo canta y resplandece, / El cuerpo está lleno de alegría y el alma se dilata] (Nota del T.)

⁴ Una Conquista. (Nota del T.)

⁵ *Des Vers.- Une Conquête* [..... Era una Maravilla / Él sintió en su corazón nacer como un lazo, / Y quiso hablarle, sabiendo bien que el oído / Es el camino del alma] (Nota del T.)

⁶ [A veces la veía, soñadora castellana, / En las balastradas esculpidas de los balcones góticos; A veces loca y ligera y siguiendo por la llanura / Al rápido lebril o el vuelo de los halcones.] (Nota del T.)

Il était triste *encore* a l'heure du diner!⁷

Luego, como la muchacha, aunque no siendo castellana y no siguiendo en la llanura el vuelo de los halcones, no es menos maravilla, él olvida el sueño que tuvo, y filosóficamente se conforma con la realidad.

Poète au coeur naïf il cherchait une perle;
Trouvant un bijou faux, il le prit, et fit bien.
J'approuve le bon sens de cet adage ancien:
Quand on n'a pas de grive, il faut manger un merle.⁸

Está repleto de buen humor. El final de esta pieza da una idea justa del carácter del Sr. Guy de Maupassant. ¡Viven las personas en buen estado de salud y huyen de los enfermos imaginarios!

Sin embargo algunas veces el espíritu del Sr. de Maupassant es transportado, no hacia la tristeza, sino hacia la melancolía, cuando se encuentra frente a la naturaleza que renace, y cuando compara esa naturaleza siempre joven y vigorosa con la decrepitud del ser humano. Si el Sr. de Maupassant, en *la Dernière Escapade*, no ha querido extraer es esta antítesis más que cuadros curiosos, lo ha conseguido de un modo absoluto; pero si ha querido expresar una idea filosófica, pensamos que se ha equivocado. En efecto la especie humana no muere más que la especie vegetal; si esta última nos parece eterna mientras que la otra nos parece renovarse sin cesar, es que, en la especie vegetal, nosotros consideramos inconscientemente la generalidad de los seres, mientras que vemos más al individuo en la especie humana.

Sea como sea, *la Dernière Escapade* es una de las obras más importantes del volumen y si no está entre las mejores, contiene todavía cosas muy hermosas.

Un grand chateau bien vieux aux murs très élevés,
Les marches du perron tremblent, et l'herbe pousse,
S'élançant longue et droite aux fentes des pavés.

Tout autour un grand parc sombre et profond s'étend;
Il dort sous le soleil qui monte; et l'on entend,
Par moments, y passer des rumeurs de feuillages,
Comme les bruits calmes des vagues sur les plages,
Quand la mer resplendit au loin sous le ciel bleu.⁹

Dos ancianos viven en ese dominio donde su vida ha transcurrido; están al final de su carrera y nada parece extraerlos de su sopor.

Mais un soufflé de feu sur la plaine s'élève,
Les arbres Dans leurs flancs ont des frissons de séve,
Car sur leurs fronts troubles le soleil va passer.¹⁰

⁷ [Él estaba triste *todavía* a la hora de la cena!] (Nota del T.)

⁸ [Poeta de corazón ingenuo, buscaba una perla; /Encontrando una joya falsa, la tomó, e hizo bien. / Apruebo el sentido común de este antiguo adagio: / Cuando no se tiene tordo, hay que comer mirlo.]

⁹ [Un gran castillo muy antiguo de muros muy elevados, / Los escalones de piedra tiemblan y la hierba crece, /Impulsándose alta y derecha entre las grietas de los adoquines./...../ A su alrededor un gran parque sombrío y profundo se extiende; /Duerme bajo el sol ascendente; y se escucha /Por momentos, pasar por allí ruidos de hojas, /Como los ruidos calmados de las olas sobre las playas, /Cuando el mar resplandece a lo lejos bajo el cielo azul]

.....
¹⁰ [Pero un soplo de fuego se eleva sobre la llanura, / Los árboles en sus ramas tienen estremecimientos de savia, / Pues sobre sus frentes turbadas el sol va a pasar.]

Bajo la fiebre de vida que llena el universo, los dos ancianos se sienten renacer; de una rápida mirada entristecida, abarcan el largo camino recorrido... Por desgracia es la última llama que arroja el fuego que va a apagarse; agotados por ese último esfuerzo, mueren en medio de la profunda vida de la naturaleza.

No podemos terminar este rápido estudio del volumen de versos del Sr. de Maupassant sin hablar de dos piezas: *Au bord de l'eau* y la *Vénus rustique*, que han producido algún revuelo cuando el libro apareció. Esas dos obras son muy bellas, eso no ha sido cuestionado, pero han levantado protestas a causa del tema que tratan. Nosotros no pensamos que haya que buscarle las cosquillas a un autor por los temas que elige. Desde luego admitimos las protestas e incluso las indignaciones, auténticas o simuladas, poco importa; pero comprendemos menos las observaciones del género siguiente: « ¡Eso está muy bien, sin duda; pero cómo me gustaría que en lugar de describir eso usted hubiese descrito otra cosa!» A lo que el autor puede responder sencillamente: « Es posible, pero me gusta más describir eso; y yo podría citarle un buen número de personas que consideran que tengo razón.» Juzguen el *proceder* de un autor, protesten contra los temas que trata, desahóguese; pero ahórrele sus consejos. ¿Acaso un nervioso, un anémico, puede sentir como el Sr. de Maupassant?

Un lourd soleil tombait d'aplomb sur le savoir;
Les canards engourdis s'endormaient Dans la vase,
Et l'air brûlait si fort qu'on s'attendait à voir
Les arbres s'enflammer du sommet à la base.¹¹

¡Es que cuando se vive, casi en estado permanente, en una atmósfera semejante, se es capaz de platonismo!

La Vénus Rustique, en nuestra opinión el más bello poema del volumen, es un himno a la belleza física; es el triunfo de la mujer, por la que se exterminan los hombres. *La Vénus rustique* debe ser clasificada entre las primeras, no solamente a causa de la belleza de los versos, que, como todos los del Sr. Guy de Maupassant, tienen una intensidad maravillosa y son de una soberbia amplitud, sino aún porque es una de esas raras piezas de donde se desprende un pensamiento filosófico.

Les dieux sont éternels. Il en naît parmi nous
Autant qu'il en naissait dans l'antique Italie,
Mais on ne reste plus des siècles à genoux,
Et, sitôt qu'ils sont morts, le peuple les oublie.
In en naître toujours, et les derniers venus
Régneront malgré tout sur la foule incrédule.
Tous les héros sont faits de la race d'Hercule;
La vieille terre enfante encore des Vénus. »¹²

Citemos finalmente uno de esos cuadros donde el Sr. de Maupassant destaca: la descripción de los campos bajo el pesado sol de verano.

Puis dans les clairs étés, lorsque les moissons mûres

¹¹ *Des Vers.* – *Au bord de l'Eau* [Un pesado sol caía a plomo sobre el lavadero; / Los patos entumecidos se dormían en el estanque, /

Y el aire quemaba tan fuerte que se esperaba ver / Los árboles quemándose desde la copa a la base.] (N. del T.)

¹² [Los dioses son eternos. Él nace entre nosotros / En tanto que ellos nacían en la antigua Italia, / Pero no es posible permanecer siglos de rodillas, / Y tan pronto como mueren, el pueblo los olvida, / Él nacerá siempre y las últimas Venus / Reinarán a pesar de todo sobre la incrédula muchedumbre. / Todos los héroes están hechos de la raza de Hércules; / La vieja tierra todavía mama de las Venus.]

Font venir les faucheurs aux bras Noris dans les blés,
Lorsque les lins en fleur, au moindre vent troublés,
Ondulent comme un flot, avec de longs murmures,
Elle allait rammasant la gerbe qui tombait.
Le soleil dans un ciel presque jaune flambait,
Versant une chaleur meurtrière á la plaine.
Les travailleurs courbés se taisaient, hors d'haleine.
Seules les larges faux, abattant les épis,
Traînaient leur bruit rythmé par les champs assoupis¹³.

Terminaremos con ese extracto magistral. Ya hemos argumentado lo suficiente para mostrar que el Sr. Guy de Maupassant es un poeta y un gran poeta. Deseamos que no abandone completamente la poesía que de él emana con tanta fuerza y seguridad.

II

El Sr. Guy de Maupassant ha publicado una cierta cantidad de relatos en la prensa diaria. Ha reunido los más importantes en tres volúmenes, *La Maison Tellier*, *Mademoiselle Fifi* y *Les Contes de la Bécasse*. El más bonito, tal vez, *Boule de Suif*, forma parte del libro titulado *Les Soirées de Médan*.

El relato es un género particular que, desde hace algunos años, se ha puesto completamente de moda. En nuestra época, si se quiere ser leído por todo el mundo, es necesario escribir cosas fáciles de comprender y que puedan ser recorridas « sin pestañear casi », en el invierno, tras la cena, fumando un cigarro, o en el verano, en el vagón que lleva al hombre de negocios a su casa de campo. *Le Figaro*, siempre al acecho de las novedades y muy hábil en elegir exactamente el momento preciso donde una innovación puede ser intentada, ha sido el primero en tomar por costumbre publicar, ciertos días de la semana, relatos o cuentos que pedía a los escritores en boga. Después, algunos periódicos especiales han seguido este ejemplo. Se puede lamentar que este cebo ofrecido a los escritores, – pues esos relatos cortos son muy bien pagados – los desvíe de trabajos más serios; de todos modos seríamos unos ingratos quejándonos demasiado amargamente, puesto que esta moda nos ha valido esas pequeñas obras maestras: *Les lettres de mon moulin* de Alphonse Daudet, y, más recientemente, los encantadores *Poèmes en prose* de François Copée, las cuentos rabelesianos de Armand Sylvestre y los esbozos naturalistas del Sr. Guy de Maupassant.

Hay mucho talento en todos los relatos publicados por Maupassant; bien cuando nos presenta unos cuadros de costumbres tomados de la vida, bien cuando se conforma con describirnos, de un delicioso modo, un trozo de paisaje.

El primer trabajo del Sr. de Maupassant fue un golpe magistral. *Boule de Suif* está, con todo derecho, considerada como una obra fuera de serie.

Su protagonista, o más bien su heroína, es una de esas « chicas fáciles » que reaparecen tal vez demasiado a menudo en los escritos de nuestro autor; pero en este caso podemos hacer una abstracción. Remitiéndonos solamente al marco del cuadro, tendremos unas pinturas de costumbres y de tipos provincianos de lo más conseguido.

¹³ *La Vénus rustique*. [Luego, en los claros veranos, cuando la cosecha madura / Hace venir a los jornaleros de brazos negros en los trigales, / Cuando los linos en flor, al menor viento mecidos, / Ondulan como una ola, con largos murmullos, / Ella iba recogiendo las gavillas que caían. / El sol en un cielo casi amarillo llameaba, / Derramando un calor mortífero en la llanura. / Los trabajadores agazapados se callaban, sin aliento. / Solo las largas hoces, abatiendo las espigas, / Arrastraban su rítmico ruido por los campos adormecidos.] (N. del . T.)

Ocurre en Rouen, durante la guerra; algunos habitantes de la ciudad han obtenido autorización para dirigirse a Dieppe donde cuentan con esperar allí el fin de la ocupación prusiana, estando una gran diligencia preparada para el viaje y diez personas apuntadas. Todas las clases de la burguesía están representadas en esa diligencia. De entrada, el Sr. y la Sra. Loiseau, vendedores de vinos al por mayor de la calle del Grand Pont; luego el Sr. Carré-Lamadon, hombre considerable, plantador de algodón, propietario de tres hilaturas, oficial de la Legión de honor y miembro del consejo general, y la Sra. Carre-Lamadon; finalmente el conde y la condesa de Breville. Esas seis personas constituían el fondo del coche, la parte de la sociedad pudiente, serena y fuerte, personas decentes y autorizadas que tienen religión y principios.

Los otros viajeros eran: dos monjas, un hombre, Cornudet, el demócrata, el terror de las personas respetables. Desde hacía veinte años sumergía su gran barba pelirroja en las cañas de todos los cafés democráticos. Había dilapidado con los hermanos y amigos una buena fortuna que había heredado de su padre, antiguo confitero, y esperaba impacientemente la instauración de la república para obtener por fin la plaza merecida por tantas consumiciones revolucionarias. Finalmente, la última persona era una de esas mujeres llamadas galantes, a quién una gordura precoz, había provocado que le llamasen Bola de sebo.

Toda esta descripción de los viajeros está desarrollado con una elocuencia cómica increíble; uno puede juzgar además mediante las líneas que hemos reproducido, como dibuja el Sr. de Maupassant, con algunos trazos de lápiz, esos inolvidables retratos.

En el momento de la partida de la diligencia, todavía era noche cerrada, y los viajeros no pueden reconocerse más que en pleno campo. Naturalmente las personas decentes se juntan, tanto para evitar a Cornudet como para alejarse de Bola de sebo. Hay una escena pintada con mano magistral y que no queremos pasar por alto citando para ellos unos pasajes. Luego viene una situación de las más divertidas. En la precipitación de la partida no se han preocupado de llevar provisiones, y, como todo está abandonado sobre la ruta, al cabo de algunas horas los pasajeros se mueren de hambre.

Sin embargo Bola de sebo toma bajo su banco una gran cesta cubierta con un mantel y extrae de ella sucesivamente un paté, frutas, pollo frito y otras cosas tan apetitosas las unas como las otras.

«Todas las miradas estaban fijas en ella. El perfume de las viandas estimulaba el apetito de los otros y agravaba la situación, produciéndoles abundante saliva y contrayendo sus mandíbulas dolorosamente. Rayó en ferocidad el desprecio que a las viajeras inspiraba la moza; la hubieran asesinado, la hubieran arrojado por una ventanilla con su cubierto, su vaso de plata y su cesta y sus provisiones.»

Bola de sebo es una buena muchacha; olvida los aires de desprecio y las injurias murmuradas antes y propone generosamente a sus vecinos compartir su pitanza. Uno acepta, luego el otro; por fin, instantes después, todos los viajeros degustan con glotonería las provisiones de la moza. « Lo difícil era el primer envite. Una vez pasado el Rubicón, todo fue como un guante .»

Esta primera parte es encantadora, repleta de la observación más fina y maliciosa. La segunda parte nos parece menos perfecta. Sin embargo contiene la escena por la que el relato ha sido concebido. En nuestra opinión, el autor insiste un poco pesadamente sobre esta aventura escabrosa. Hubiésemos preferido no retener de *Boule de Suif* más que los detalles que son precisos.

Nos hemos extendido ampliamente sobre este relato que es un de los mejores que ha publicado el Sr. de Maupassant. Hay muchos otros donde están reunidos sus más

brillantes cualidades pero desgraciadamente pocos de entre ellos pueden ser citados en un estudio de revista.

He aquí por ejemplo la *Maison Tellier*: un divertida pintura de la vida en provincias en sus aspectos más secretos; está lleno de detalles humorísticos; pero es absolutamente imposible decir ni una sola palabra de ella; y lo lamentamos, pues el autor hace en esa obra un despliegue de talento considerable.

El Sr. de Maupassant nos pasea además un poco por todos los ambientes. Con *En famille* nos hace penetrar en el domicilio del Sr. Caravan, funcionario principal en el ministerio de la marina. Ha trazado un retrato muy espiritual del antiguo empleado, un poco cargado tal vez; sin embargo el Sr. de Maupassant ha formado él mismo parte, durante algún tiempo, del personal de la marina y ha podido observar a placer el tipo que nos presenta:

El señor Caraván llevó siempre la vida rutinaria de los burócratas. Todas las mañanas desde hacía treinta años marchaba indefectiblemente a su despacho por el mismo camino, y se tropezaba, a la misma hora y en los mismos lugares, con las mismas caras de hombres que se dirigían a sus negocios y por idéntico camino regresaba todas las tardes, encontrando rostros idénticos, que iba viendo envejecer.

Todos los días compraba por unas monedas su periódico en la esquina del faubourg Saint-Honoré; iba luego en busca de dos panecillos...¹⁴

Y este buen hombre, tras treinta años de esa existencia monótona, no tiene más que una preocupación: su ministerio. Cuando regresa a su domicilio, no hay más que un único tema de conversación e incluso de discusión del señor Caravan con su familia: la oficina.

Todo esto está lleno de espíritu y buen humor. Sin embargo haremos algunas reservar por la historia de la muerta resucitada con la que termina *En familia*. Eso no es digno del Sr. de Maupassant.

Al no poder detenernos en cada uno de los relatos publicados por el Sr. Guy de Maupassant, nos conformaremos con citar entre los mejores, aparte de los que ya hemos comentado: *Une partie de campagne*, *Madame Baptiste*, *Marroca*, *A Cheval*, *Deux Amis*.

Pero al fin y al cabo, los relatos, tan bien escritos como estén, constituyen un género inferior; permiten juzgar las cualidades de estilo, de observación y de espíritu de un autor, pero no dan la medida de todo su talento. Se esperaba del Sr. Guy de Maupassant una primera novela y había curiosidad por saber si sería tan bueno en ese género como lo era en los demás. En consecuencia, su reciente libro, *Une Vie*, ha sido acogido con un vivo interés.

III

El Sr. de Maupassant, que ha querido mucho a Flaubert y que es uno de sus más fervientes admiradores, se ha inspirado de su principio: pintar de la vida lo que tiene más de banal y de ordinaria. Es de este modo como Flaubert nos ha dado *l'Éducation sentimentale* y más tarde *Bouvard et Pécuchet*, que apenas tuvo tiempo de terminar. Hay que reconocer además que esas dos novelas no se encuentran entre las más divertidas.

Otro escritor célebre, el Sr. Edmond About, queriendo reaccionar contra la corriente realista, había pretendido interesarnos contando le *Roman d'un brave homme*. A pesar de todo el talento desplegado en esa empresa, no tuvo éxito. Se podía entonces

¹⁴ *La Maison Tellier - En Famille*.

deducir que era imposible escribir una novela *de campanillas* sin otro elemento que la vida ordinaria, la vida mediocre, desprovista de todo acontecimiento novelesco. El Sr. de Maupassant ha demostrado lo contrario.

Él toma una mujer de la burguesía, o al menos de la pequeña nobleza de provincias, y se propone por tarea contar, con los más mínimos detalles, su vulgar existencia. Sitúa a sus protagonistas en la parte de Francia que mejor conoce: Normandía; no la Normandía colindante con la Bretaña que gusta particularmente al Sr. Barbey d'Aureville, sino a la plena Normandía, rica y fecunda, donde los habitantes son astutos, desconfiados y cicateros.

Jeanne Le Perthuis des Vauds acaba de salir del convento a los dieciocho años. Se instala en los Peuples, el castillo familiar, y, en un mañana primaveral de una dulzura enervante, sueña apoyada en su ventana.

¡Con qué sueñan las muchachas si no es con el amor!

¡El amor! su proximidad llevaba llenándola de ansiedad creciente. Ahora era libre para amar; solo le faltaba ya conocerlo, ¡Conocerlo a él! ...

Le pareció de pronto que lo sentía allí, muy cerca de ella; y un brusco e inconcreto escalofrío de sensualidad la recorrió de pies a cabeza. Se abrazó a sí misma con inconsciente ademán como si quisiera estrechar su ensoñación contra el pecho; y por sus labios, tendidos hacia lo ignoto, pasó rozándolos un algo que casi la hizo desfallecer, como si el aliento de la primavera le hubiera dado un beso de amor.

De súbito, a lo lejos, en la carretera, a espaldas de la casona, oyó pasos en la noche. Y con un impulso del alma turbada, con un arrebató de fe en lo imposible, en los azares providenciales, en los presentimientos divinos, en las novelescas combinaciones de la suerte, pensó: ¿Y si fuese él? Oía ansiosamente el paso rítmico del caminante, segura de que iba a detenerse en la verja para pedir hospitalidad.

Y en efecto, los novelistas de la antigua escuela no habría dejado de detener al caminante, que infaliblemente se habría casado con la joven muchacha. Pero, ¿es así como sucede en la vida? No, ¿verdad? También el Sr. Guy de Maupassant no pensó siquiera un solo instante que el caminante hubiese podido detenerse. Es natural que ese pensamiento invada a una joven ilusionada, y era igualmente natural que el paseante continúe su camino. Eso es lo que hace.

Sin embargo, querer mantenerse fiel a «la humilde verdad»¹⁵ no acontece sin presentar algunos inconvenientes para el autor. El lector se vuelve exigente y pide cuentas de los más pequeños detalles que no le parecen absolutamente verosímiles. No le basta, – eso ya ha sido dicho muy a menudo, pero no se podrá repetir demasiado, – que las escenas sean auténticas, que sean plausibles, todavía es necesario que sucedan ordinariamente. Ahora bien, nosotros veremos en la novela del Sr. de Maupassant que no se cumplen estas condiciones.

El hombre esperado se presenta bajo los rasgos de un apuesto muchacho bastante insignificante. La muchacha, ilusionada sobre todo con el matrimonio, está dispuesta a amar al primer hombre, mínimamente bien dispuesto que se presente; y el vizconde de Lamare, satisfaciendo las condiciones requeridas de fortuna y nacimiento es aceptado como un marido muy *conveniente*.

La novela entra aquí por unos derroteros en los que nos es imposible seguirla. No es que censuremos las audacias del Sr. de Maupassant. Lejos de eso. Tenemos la convicción de que la Novela penetrará todos los días cada vez más en las costumbres, desembarazándose tal vez de algunas exageraciones debidas sobre todo a la oposición encarnizada de sus adversarios. La novela de aventura ha muerto y bien muerta está; servirá todavía para divertir a alguna mujer sensible o algún espíritu inculto, pero no se

¹⁵ *L'humble vérité*: Subtítulo de *Une Vie*.

tendrá en cuenta más en literatura. La mejor prueba que podemos aportar en apoyo de nuestra tesis nos es proporcionada por los propios adversarios del movimiento literario. ¿Acaso no los vemos, arrastrados a pesar de ellos por la corriente, renunciar a lo novelesco para aferrarse a la realidad? ¿Claretie, About y el propio Cherbuillez no se acercan cada vez más a la realidad? Es cierto que evitan abordar ciertas situaciones escabrosas donde se regocijarían los adeptos de la nueva escuela. Pero eso es cuestión de temperamento.

Hemos escuchado a algunas personas preguntarse por qué tenemos que soportar a escritores describiendo tan complacientemente actos que siempre son los mismos. Que ustedes nos hagan conocer las sensaciones psicológicas que experimentan sus héroes en situaciones dadas, magnífico; esas sensaciones varían hasta el infinito. Pero las impresiones fisiológicas, ¿para qué? Siempre son más o menos semejantes y además no nos enseñarán nada sobre el carácter de vuestros personajes.

Este razonamiento es engañoso. ¿No se sabe que, para un observador, los hechos más insignificantes en sí mismos abren los horizontes más amplios sobre el carácter, las costumbres y el género de vida de un individuo? ¿Por qué entonces al poner de relieve esos hechos por parte de ese observador, no han de enseñar nada a un lector atento?

Esas diferentes objeciones tienen por origen una causa única. La novela, como la entiende la antigua escuela, no debe ser más que un descanso; no debe entristecer al lector, ni obligarle a reflexionar; por lo que el autor debe poner al desnudo el alma de sus personajes. Para la nueva escuela, al contrario, esta última parte de la tarea puede ser hecha por el lector con la ayuda de los *documentos* que se le ponen ante los ojos. Ahora bien, esos documentos no podrían ser otra cosa que los actos de la propia vida, y ninguno de esos actos debe ser indiferente.

Pero si la forma del libro permite todas las libertades tomadas en aras al interés del arte, no podría ocurrir lo mismo para un periódico, y con posterioridad para una revista que debe poder ser puesta sin inconveniente al alcance de todas las manos. Nos veremos pues obligados a dejar de lado aquí algunas partes importantes del libro del Sr. de Maupassant.

Así pues Jeanne se casa, es feliz, cree amar a su marido. Se produce un breve momento de dicha que será el único de toda su vida.

Apenas finaliza la tradicional luna de miel, cuando la vida comienza a transcurrir monótonamente, pero apacible. El carácter del vizconde de Lamare está lejos de ser caballeresco, incluso resulta ser un poco mezquino, sin embargo es soportable. De pronto Jeanne adquiere la convicción de que el Sr. de Lamare la engaña con su criada. Eso la impacta de un modo terrible; luego cuando sabe que la relación ha comenzado durante su noviazgo, no siente por su marido más que un profundo desprecio.

El padre de Jeanne, el barón des Vauds, está furioso contra su yerno y amenaza con masacrarlo, cuando interviene el cura del lugar, – una buena figura, bien dibujada, de cura jovial, – que, intentando cumplir con su ministerio de apaciguamiento, dice al barón:

«Vamos, Señor Barón, entre nosotros, él ha actuado como todo el mundo. ¿Conoce usted a muchos maridos que sean fieles?... Fíjese, apuesto que usted mismo ha hecho sus escapaditas. Vamos, con la mano en el corazón, ¿no es así?» – El barón se había detenido sorprendido frente al sacerdote que continuó: «¡Eh! sí, usted ha actuado como los demás. Quién sabe incluso si usted no ha tanteado alguna vez a una criadita como esta. Le digo que todo el mundo ha hecho otro tanto. »

¡Y en efecto el barón había hecho otro tanto...!

Sin embargo, fiel a su teoría de las compensaciones, el Sr. de Maupassant mitiga el gran dolor de Jeanne por medio de una dulce esperanza: siente que va a ser madre.

Entonces toma la resolución de dedicarse por entero a su hijo. Por su parte, el vizconde de Lamare, que se preocupa muy poco de su esposa, ha reanudado, con una de sus vecinas de la región, relaciones que su matrimonio había roto. Pero esta vecina no es libre y el marido, informado de su relación, imagina una venganza extraordinaria.

El fragmento es bueno, pero desentona en el conjunto de la obra. Obsérvese que es muy posible que la escena pueda producirse como dice el autor, pero se sale de lo ordinario de la existencia. Desde nuestro punto de vista, es un borrón en una obra conducida hasta ese momento con una seguridad poco común.

Sea como sea, he aquí el cuadro, está brillantemente ejecutado:

A lo lejos, ante él, el valle de Vaucotte abría su honda garganta. Nada se veía por allí cerca, a no ser una cabaña de pastor, junto a un aprisco vacío. Dos caballos estaban atados a los varales de la casa con ruedas. ¿Había acaso algo que temer con tamaña tormenta?

No bien los divisó, el conde arrojó al suelo; luego se arrastró sobre las manos y las rodillas, semejante a un monstruo con aquel corpachón manchado de y aquella gorra de piel de alimaña...

El conde se puso entonces de rodillas, arrojó un ojo por el bajo de la puerta, y miró lo que sucedía dentro.

No se movía, parecía esperar algo. Un tiempo bastante largo transcurrió; y, de repente, el conde se levantó, cubierto de barro de la cabeza a los pies. Corrió con saña el cerrojo que cerraba desde fuera el postigo, y, haciendo los varales empezó a sacudir la caseta como si hubiese querido romperla en pedazos. Luego ocupó el lugar de la caballería, doblegando la elevada estatura en desesperado esfuerzo, tirando como un buey, y jadeando; y arrastró, hacia la empinada pendiente, la casa viajera con los que estaban dentro.

Cuando el conde llegó al comienzo de la pendiente, soltó la liviana morada, que empezó a bajarla, rodando.

Corría de forma cada vez más precipitada, arrastrada en loca carrera cuya velocidad iba en aumento; bajaba a brincos y tropiezos, como un animal, golpeando el suelo con los varales.

Un mendigo viejo, acurrucado en una cuneta, vio como le pasaba, de un salto, por encima de la cabeza; y oyó que alguien lanzaba dentro del cajón de madera unos gritos espantosos.

De golpe, la cabaña perdió una rueda, que le arrancó un encontronazo; cayó de costado y empezó a bajar como una pelota, igual que se despeñaría desde la cima de un monte una casa desarraigada. Luego, al llegar al borde del último barranco, dio un salto, describió una curva y, cayendo al fondo, se cascó como un huevo.¹⁶

A partir de este momento, la novela adopta una forma un poco recargada. La pobre Jeanne es desgraciada por su hijo como lo ha sido por su marido. Su hijo la ha abandonado, vive no se sabe dónde con una mujer que lo ha hechizado. Ha arruinado a su madre, quién, sola en su hogar, ya no espera nada. La vida le parece acabada, cuando un nuevo rayo de esperanza brilla para ella. Su hijo le confía una niña de la que acaba de ser padre. Y la novela se acaba así:

El sol bajaba hacia el horizonte, inundando de luz las planicies cuyo verdor moteaban de tanto en tanto el oro de la colza en flor y las sangre de las amapolas. Un infinito sosiego se cernía sobre la tierra apacible en la que germinaban las savias. El carricoche corría a toda velocidad y el labriego chasqueaba la lengua para espolear al caballo.

Y Jeanne miraba al frente, al vacío, al cielo, que rayaba, como estela de cohetes, el vuelo curvo de las golondrinas. Y, de pronto, una suave tibieza, una calidez tibia le atravesó las faldas, le llegó hasta las piernas, se le adentró por la carne; era el calor del ser pequeño que dormía en sus rodillas.

Entonces la invadió una emoción infinita. Destapó de golpe la cara de la niña, a la que aún no había visto: la hija de su hijo. Y cuando la frágil criatura, al notar el violento resplandor, abrió los ojos azules moviendo los labios, Jeanne se puso a besarla rabiosamente, alzándola en los brazos, cubriéndola de caricias.

Pero Rosalie, contenta y rezongona, la detuvo:

– Venga, venga, señora Jeanne, que la va usted a hacer llorar – luego añadió, respondiendo sin duda a sus propios pensamientos – : Ya ve usted, la vida nunca es tan buena ni tan mala como nos creemos.

¿Ahora por qué la novela acaba ahí? Para justificar su título debería terminarse con la vida de la heroína. Jeanne apenas tiene cincuenta años, y todavía pueden quedarle aún años para sufrir o para ser finalmente feliz. Es cierto que *Une Vie*, que ya se traicionaba un poco hacia el final, acabó por carecer completamente de interés.

Excepto algunas reservas que hemos hecho en el transcurso de nuestro estudio, y que son además de poca importancia, consideramos esa novela como una obra de primer orden. Los caracteres están bien dibujados y muy bien conducidos, las observaciones están tomadas de la realidad; contienen una cantidad de figuras accesorias absolutamente conseguidas, como la de la tía Lizon, por ejemplo, que está, y por encima de todo notablemente descrita.

Y puesto que por distintos lados se ha dado al Sr. de Maupassant el consejo de cambiar de género, en lo que concierne a nosotros, le pediremos instantáneamente que preserve en el camino que ha elegido. El futuro pertenece a los exactos observadores de la vida. Que el Sr. de Maupassant no se deje influenciar por los gritos y los abucheos; tenemos en el Sr. Zola un ejemplo de lo que puede la tenacidad y la voluntad servidas por un talento sin igual.

HENRI VALENTINO.

Artículo extraído de *La Revue Libérale*. Tomo IV. París. 1883 (páginas 309 a 323)
Traducción de José M. Ramos para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>